

CASTILLA-LA MANCHA EN 1993: BALANCE Y PERSPECTIVAS

Juan Ignacio PALACIO MORENA
Enrique VIAÑA REMIS

I. BALANCE

A primera vista, los indicadores económicos de Castilla-La Mancha muestran una recesión de menor intensidad (o más tardía) que la que ha registrado la economía española en 1993. Y esto parece ser así tanto si se considera el comportamiento de la Región en su conjunto como si se atiende a la marcha de los cuatro sectores tradicionales por separado.

Los datos recientemente publicados por la Fundación FIES ayudan a constatar el anterior aserto. En efecto, mientras la economía española ha padecido la más marcada caída de la producción de la historia reciente (-1,13 por 100, en términos reales), la economía de Castilla-La Mancha ha registrado un leve retroceso que, en la práctica, equivale más bien a un estancamiento (-0,46 por 100). Por sectores, han retrocedido la industria y la construcción regionales (-2,65 y -2,61 por 100, respectivamente), pero lo han hecho significativamente menos que sus homónimas nacionales (-4,15 y -5,78 por 100); los servicios han crecido más (0,71 por 100, frente a 0,27 por 100), y aunque parece que la agricultura lo ha hecho menos (1,35 por 100, frente a 2,75 por 100), la realidad es muy otra, ya que, si se deduce del crecimiento general de la agricultura española el espectacular —y, por lo demás, absolutamente anó-

malo— crecimiento de la agricultura de Castilla y León (55,15 por 100), resulta un decrecimiento (próximo a -3 por 100), y no un crecimiento, de la agricultura de las restantes regiones españolas en su conjunto. Frente a este resultado corregido, el comportamiento de la agricultura castellano-manchega puede ser considerado como francamente bueno.

Este mejor comportamiento de la economía de Castilla-La Mancha en comparación con el de la economía española en su conjunto, tanto en una perspectiva global como por sectores, se mantiene por segundo año consecutivo, ya que, en 1992, Castilla-La Mancha registraba todavía cierto diferencial de crecimiento a su favor (0,97 por 100 frente a 0,73 por 100). Con ello, en el resultado acumulado a lo largo del bienio más duro de la crisis (1992-1993), Castilla-La Mancha puede exhibir un modesto crecimiento (0,51 por 100), frente a un ligero pero incuestionable retroceso de la economía española (-0,41 por 100).

Las causas de este diferencial de crecimiento que cabe acreditar a Castilla-La Mancha durante la recesión parecen estar claras, y en gran parte han sido adelantadas en el comentario que acompaña a la «Estimación de la evolución económica en 1993, por comunidades autónomas», de la Fundación FIES. Allí se apunta como posible explicación causal el hecho de que Castilla-La Man-

cha venía, desde tiempo atrás, creciendo más que la media de las regiones españolas. Mas, si se observan los cambios del PIB al coste de los factores entre 1990 y 1993, se constatará que la tasa de crecimiento *nominal* de esa macromagnitud es menor en Castilla-La Mancha que en el conjunto de España (7,84 por 100 anual de promedio, frente a 8,01 por 100). De hecho, éste es un registro más que modesto, que coloca a Castilla-La Mancha tan sólo en el décimo lugar de la lista de dieciocho regiones españolas (contadas Ceuta y Melilla como una sola). Por tanto, si la economía castellano-manchega ha alcanzado un crecimiento *real* más intenso que la economía nacional durante el período de crisis, esa circunstancia está asociada, tanto desde el punto de vista contable como desde el económico, a un *menor crecimiento de los precios interiores*. La mayor estabilidad de los precios en Castilla-La Mancha se aprecia en la evolución relativa del IPC regional, que ha crecido sensiblemente por debajo de la media española (de modo que si en 1989 los precios de Castilla-La Mancha podían ser cifrados en el 93,0 por 100 del nivel nacional, en 1993 se situaban en el 92,5 por 100 de ese promedio). Gracias a eso, la Región ha podido mantener, y previsiblemente ampliar ligeramente, su ventaja comparativa en bajos salarios, que es, hoy por hoy, el principal incentivo que ofrece con vistas a su industrialización.

Estos rasgos a escala agregada, en principio positivos, muestran, sin embargo, un cariz bien distinto cuando se profundiza en un análisis algo más desagregado.

Las tasas de crecimiento (o decrecimiento) por grandes sectores de actividad de las economías

CUADRO N.º 1

CRECIMIENTO COMPARATIVO CASTILLA-LA MANCHA/ESPAÑA
(Porcentajes de valor añadido bruto al coste de los factores)

SECTOR DE ACTIVIDAD	CASTILLA-LA MANCHA		ESPAÑA	
	Crecimiento en 1993	Contribución al crecimiento	Crecimiento en 1993	Contribución al crecimiento
Agricultura y pesca	1,35	-29,95	2,75	-9,74
Industria	-2,65	137,43	-4,15	83,80
Construcción	-2,61	74,30	-5,78	41,47
Servicios	0,71	-81,79	0,27	-15,53
TOTAL	-0,46	100,00	-1,13	100,00

Fuente: Fundación FIES, y elaboración propia.

regional y nacional en su conjunto ocultan, tras su aparente paralelismo, una notable disparidad en cuanto a la intensidad con que se ha hecho sentir la crisis en los distintos sectores, disparidad que muestra, en cuanto se la saca a la superficie, los puntos más vulnerables del desarrollo de Castilla-La Mancha. Esto se muestra en el cuadro n.º 1.

Dicho cuadro refleja una circunstancia sumamente significativa. Mientras que en el conjunto nacional la evolución de la industria explica poco más del 80 por 100 de la caída del PIB en 1993, en Castilla-La Mancha explica casi el 14 por 100 de la cifra correspondiente. O, dicho sea de otra forma, el impacto de la crisis sobre la industria castellano-manchega ha sido entre vez y media y dos veces más intenso que sobre la industria española en su conjunto, aun contando con que la primera traía consigo la inercia de un crecimiento superior en los años anteriores.

Por lo que respecta a la construcción, el impacto de la crisis en Castilla-La Mancha puede ser estimado casi en el doble del que se ha producido en el conjunto nacional en 1993.

Por su parte, la agricultura y los servicios han desempeñado un papel contrarrestante de la crisis en la industria y la construcción, tanto en Castilla-La Mancha como en España. Pero mientras el peso que ha recaído sobre la agricultura, en ese cometido equilibrador, es tres veces mayor en Castilla-La Mancha que en el conjunto nacional, resulta ser más de cinco veces superior —también a favor de la Región— en el caso de los servicios.

Estos datos son de una importancia considerable para apreciar la debilidad de las bases del desarrollo económico de Castilla-La Mancha. En primer lugar, la economía castellano-manchega revela desequilibrios estructurales entre sectores productivos que son señaladamente más profundos que los de la economía nacional en su conjunto.

En segundo lugar, y entrando en los sectores, la industria regional es fruto de una industrialización precaria, siempre corriendo el riesgo de verse barrida por el empuje de la primera crisis que surja. La construcción, considerada por algunos analistas como «motor» de la economía regional, ha mostrado a las claras

su debilidad, siempre a expensas de la iniciativa pública, que es como decir de los avatares del déficit público y de las necesidades cíclicas de ajustarlo.

En tercer lugar, el papel de «motor» efectivo de la economía regional ha recaído durante la crisis, ya sin discusión posible, sobre la agricultura y los servicios, y más sobre éstos que sobre aquélla.

Los cuadros n.ºs 2, 3 y 4 permiten observar la evolución de las distintas producciones dentro de cada uno de los tres grandes sectores de la agricultura, la industria y los servicios.

1. La agricultura

La evolución de las producciones agrícolas resulta harto significativa. Solamente dos cultivos, por demás tradicionales (cereales y olivar), bastarían para haber dado origen a un crecimiento de la agricultura regional tres veces y media superior al registrado. En el caso de los cereales, el asunto se podría calificar de «normal» si se tiene en cuenta el peso extraordinariamente importante de esta producción en la

CUADRO N.º 2

CASTILLA-LA MANCHA: AGRICULTURA
(Porcentajes de valor añadido bruto al coste de los factores)

SECTOR DE ACTIVIDAD	Aportación al VAB agrícola regional	Crecimiento en 1993	Contribución al crecimiento
Cereales	24,9	11,3	208,3
Leguminosas	7,1	7,3	38,6
Tubérculos	0,7	-6,4	-3,5
Cultivos industriales	4,4	6,0	19,6
Hortalizas	11,0	-11,7	95,1
Frutas	1,9	32,6	45,4
Viñedo	16,4	-23,9	-290,7
Olivar	3,4	59,3	147,6
Otros cultivos	2,1	-8,4	-12,8
Ganadería	22,4	1,4	22,9
Forestal	3,4	5,6	14,3
Otros	2,3	3,1	5,4
TOTAL	100,0	1,35	100,0

Fuente: Fundación FIES, y elaboración propia.

Región —la cuarta parte de todo el valor añadido agrícola— y la circunstancia añadida de la magnífica cosecha de 1993. Pero el caso del olivar es distinto. Se trata de un cultivo que apenas ha tenido importancia en Castilla-La Mancha hasta la fecha; sin embargo, es, con mucho, el que está experimentando un crecimiento más intenso en cuanto a hectáreas plantadas. Y se trata, no hay que olvidarlo, de un cultivo nada «moderno».

La cuestión se presenta aún más digna de estudio cuando se constata que un tercer cultivo, el viñedo, con su retroceso, habría bastado para anular casi por completo el efecto positivo de los dos anteriores. En efecto, la política impuesta desde Bruselas de arrancar cepas está adquiriendo en Castilla-La Mancha una expresión dramática. Si esta región representa una zona de transición en la España interior, lo que en ella está ocurriendo vendría a revelar un proceso muy llamativo y, por ahora, poco conocido: el

retroceso del viñedo hacia el Norte de la geografía peninsular y el avance del olivar desde el Sur para ocupar el espacio que va dejando vacío el primero. Sin duda alguna, un cambio de la magnitud del apuntado habrá de tener considerables repercusiones en la economía castellana en su conjunto.

Dentro de este panorama, que ciertamente no es muy prometedor, acerca del futuro de la agricultura de Castilla-La Mancha, aparece una nota esperanzadora en el firme incremento —aun partiendo de posiciones muy modestas— de la producción de frutas. Uno se sentiría tentado de esperar que, ante el vacío que va dejando el viñedo en su retroceso hacia el Norte, penetre con fuerza desde el Este una cuña de influencia levantina que —ésta sí— lleva consigo aires de tecnología moderna a la agricultura castellana. Sin embargo, esta primera impresión se ve inmediatamente contradicha por la fuerte caída de la producción de hortalizas,

tanto más preocupante cuanto que esta clase de cultivos es, en tanto que agricultura de regadío, relativamente independiente de la climatología. Definitivamente, parece que la huerta valenciana no puede ser trasplantada a Castilla-La Mancha. Por desgracia, hay que suponer, hasta disponer de evidencia distinta, que el porvenir del olivo es mucho más brillante en esta tierra que el de los frutales, aunque a corto plazo puedan disputarse el terreno; pues si bien la riqueza acuífera del subsuelo, que ha hecho la prosperidad de la Región en la última década, podría inducir a pensar lo contrario, el hecho es que esa riqueza ha empezado a verse sometida a fuertes presiones, y no son pocos los que auguran su agotamiento a medio plazo. De esta forma, la majestuosa progresión del olivar hacia el Norte en sustitución del viñedo —que en Castilla-La Mancha es *en parte* un cultivo de regadío— nos presenta al primero como el heraldo del retorno a la

CUADRO N.º 3

CASTILLA-LA MANCHA: INDUSTRIA
(Porcentajes de valor añadido bruto al coste de los factores)

SECTOR DE ACTIVIDAD	Aportación al VAB industrial regional	Crecimiento en 1993	Contribución al crecimiento
Energía y agua	22,8	-2,7	23,1
Minerales y metales	0,8	-4,1	1,2
Minerales y productos no metálicos	10,9	-4,8	19,7
Productos químicos	10,7	-4,8	19,5
Productos metálicos	12,6	-5,2	24,6
Material de transporte	1,0	-3,4	1,3
Alimentos, bebidas y tabaco	16,8	0,5	-3,0
Textil, cuero y calzado	16,1	-0,5	2,8
Papel y derivados	1,4	-2,2	1,2
Madera, corcho y muebles	5,5	-3,2	6,7
Caucho, plásticos y otras manufacturas	1,4	-5,5	2,9
TOTAL	100,0	-2,65	100,0

Fuente: Fundación FIES, y elaboración propia.

ancestral agricultura de secano y acaso de la temible desertización, que ya bastantes indicios apuntan.

2. La industria

A diferencia del panorama revelado por el cuadro n.º 2, que acusa fuertes contrastes, el cuadro n.º 3 muestra una uniformidad desoladora. A excepción del sector de alimentación, que alcanzó un débil crecimiento, todas las ramas industriales registraron retrocesos más o menos pronunciados en 1993. Cuatro de ellas explican, casi a partes iguales, el retroceso general de la industria castellano-manchega.

En primer lugar, la producción de agua y energía, con mucho la rama industrial más importante de la Región. Esta importancia viene dada, sobre todo, por las centrales nucleares instaladas en Castilla-La Mancha, que abastecen a una demanda nacional. Es la caída de esta demanda nacional, como consecuencia de la re-

cesión, la que ha motivado, sin duda, el retroceso de esta rama.

Bastante más preocupantes son las caídas de la producción registradas en minerales y productos no metálicos, por un lado, y en productos químicos, por otro. Se trata de dos ramas regularmente importantes en la industria regional, y en las que Castilla-La Mancha mantiene un peso elevado dentro de la industria nacional: 5,7 y 5,1 por 100, respectivamente, frente al 3,4 por 100 del conjunto de la industria castellano-manchega sobre la española. Pese a que la industria regional ha retrocedido menos que la nacional (cuadro n.º 1), en estas dos ramas se da la circunstancia contraria. Se diría que se está asistiendo a una desindustrialización especialmente acusada en dos tipos de producciones de importancia estratégica para la Región.

La cuarta rama cuya evolución explica una parte considerable del retroceso de la industria de Castilla-La Mancha es la de productos metálicos. En este caso, los mo-

tivos de preocupación son menores, puesto que, primero, se trata de una rama donde el peso de Castilla-La Mancha sobre el total nacional es escaso (2,1 por 100), y segundo, la recesión de la industria española del metal (-7,4 por 100) ha sido más pronunciada que la de la castellano-manchega. Esto no impide, naturalmente, que, dada la importancia de esta rama en la industria regional, su retroceso haya podido tener efectos desastrosos sobre la actividad y el empleo en ciertas localidades o comarcas de la Región.

El único rasgo positivo en la evolución de la industria regional en 1993 se aprecia, como era de esperar, en la rama de alimentación. Sin embargo, se trata de un crecimiento tan exiguo que apenas ha podido contrarrestar en nada la caída general del valor añadido.

3. El sector servicios

El cuadro n.º 4 vuelve a mostrar fuertes contrastes, si bien no

CUADRO N.º 4

CASTILLA-LA MANCHA: TERCIARIO
(Porcentajes de valor añadido bruto al coste de los factores)

SECTOR DE ACTIVIDAD	Aportación al VAB terciario regional	Crecimiento en 1993	Contribución al crecimiento
Recuperación y reparaciones	4,6	1,6	10,0
Servicios comerciales	20,3	-0,7	-19,7
Hostelería y restaurantes	5,9	-0,5	-4,2
Transporte y comunicaciones	12,0	-1,3	-22,1
Crédito y seguros	10,8	2,3	34,6
Alquiler de inmuebles	10,3	0,4	6,2
Enseñanza y sanidad (privadas)	2,3	0,8	3,1
Otros servicios para la venta	8,9	1,6	19,7
Servicio doméstico	1,4	0,4	1,2
Servicios públicos	23,3	2,2	71,9
TOTAL	100,0	0,71	100,0

Fuente: Fundación FIES, y elaboración propia.

tanto como los de la agricultura. Dos ramas explican prácticamente la totalidad del crecimiento de los servicios en 1993, a saber: crédito y seguros, y servicios públicos. Otras dos muestran una tendencia negativa que, sin embargo, no resulta especialmente preocupante, pues tanto los servicios comerciales como el transporte y las comunicaciones parecen estar estrechamente vinculados, en principio, a las expectativas del público y a la marcha general de la economía, que en 1993 no han sido nada buenas. Cabe esperar, por tanto, que el cambio de coyuntura lleve aparejada una inversión en la tendencia observada en ambas ramas.

El crecimiento registrado por la rama de crédito y seguros, ligeramente superior al que ésta ha mostrado en el conjunto nacional (2,2 por 100), parece acorde con la marcha general del sector financiero, que en 1993 no ha sido tan negativa como la de la industria. También concuerda con la disminución de distan-

cias entre Castilla-La Mancha y España en este terreno (los servicios financieros de la Región aportan el 2,5 por 100 del sector nacional, frente al 2,7 por 100 que aportan los servicios en general).

Muy distinta tiene que ser, desafortunadamente, la valoración del hecho de que los servicios públicos dan cuenta de más del 70 por 100 de la marcha del terciario en Castilla-La Mancha durante 1993. Dicho de otra manera, para que los servicios hayan podido registrar el crecimiento que exhiben, los servicios de la Administración pública *no destinados a la venta* han tenido que crecer en la Región considerablemente por encima de lo que lo han hecho en la economía nacional (1,4 por 100). Si los servicios públicos hubieran crecido en Castilla-La Mancha lo mismo que en España en su conjunto —crecimiento ya de por sí desproporcionado con el general de los servicios: 0,3 por 100—, la caída del PIB regional al coste de los factores habría

estado muy próxima al 0,6 por 100.

...

Este breve repaso dado a la actividad agraria, industrial y de los servicios en Castilla-La Mancha a lo largo de 1993 permite constatar la existencia de un sector primario lleno de dinamismo, aun cuando ese dinamismo no tiene necesariamente que conducir a un progreso autosostenido, como se ha visto. Por el contrario, la industria se muestra como un sector extremadamente débil, con algunas de sus ramas más importantes dando claras pruebas de escaso enraizamiento. Por último, los servicios no parecen tener una dinámica propia —salvo quizás el sector financiero, aunque con inevitables límites— y sí, en cambio, una estrecha subordinación a los parámetros políticos, debido al peso desmesurado de los servicios públicos.

II. PERSPECTIVAS

Tras la profunda crisis de 1975-1982, la reorganización de la agri-

cultura castellano-manchega fue considerablemente rápida. Hacia 1983, la economía regional estaba en franca reactivación, con un adelanto de dos años sobre el conjunto nacional. Obtuvo de la agricultura un impulso inicial (pues la industria y la construcción estaban estancadas) que luego se transmitió, por un mecanismo de multiplicación, a los servicios. De resultados de este proceso, a la altura de 1985 Castilla-La Mancha era la región española con un mayor peso de la agricultura en sus actividades productivas. Este rasgo, que en ausencia de otros datos podría ser juzgado como negativo, fue consecuencia, sin embargo, de un proceso extremadamente positivo.

El ingreso en la Comunidad Europea, que prácticamente inició la reactivación económica de España, culminó la de Castilla-La Mancha. En este proceso, la agricultura de la Región ha constituido una fuente de acumulación de capital cuya importancia no cabe ignorar. Desde 1985, las explotaciones no han dejado de modernizarse. Se ha extendido la superficie de regadío, hasta provocar problemas ecológicos verdaderamente serios que amenazan con agotar la riqueza acuifera de la Región; se ha invertido en maquinaria e instalaciones, y el campo ha sustituido continuamente mano de obra por equipos, con lo que la renta agraria no ha dejado de crecer.

La modernización agrícola ha traído consigo transformaciones sociales irreversibles. Una de las más destacables es el rápido proceso de urbanización que experimenta la Región. En la década de los ochenta, y mientras la población total permanecía estancada —como consecuencia de

neutralizado por un saldo emigratorio neto—, la población residente en el conjunto de las cinco capitales de provincia aumentó en casi un 12 por 100. El proceso ha sido especialmente intenso en Albacete, cuya capital es la mayor ciudad de la Región, con 130.000 habitantes (prácticamente el doble que cualquier otra de las importantes). En esta provincia, dos de cada cinco personas residen en la capital, y una tercera en alguna de las otras tres ciudades mayores de 20.000 habitantes; la población es, por tanto, mayoritariamente urbana. Este registro queda bastante por debajo de la media nacional, y todavía el grado de urbanización es menor en las otras cuatro provincias de Castilla-La Mancha. Pero el hecho digno de ser destacado es que, tratándose de la región española con mayor peso de la agricultura en su estructura productiva, los modos de vida rurales se están abandonando a marchas forzadas. Los agricultores se trasladan a la ciudad, desde la que se dirigen diariamente en automóvil a sus tierras —que pueden estar localizadas a decenas de kilómetros. Han adoptado así, pues, modos de vida, pautas de relación social y gustos totalmente urbanos. Envían a sus hijos a la Universidad como cualquier profesional de clase media; invierten los beneficios generados por la agricultura en negocios urbanos de sus familiares o amigos; a veces, ellos mismos se convierten en pequeños empresarios industriales, de la construcción o, más frecuentemente, de los servicios. Así, los capitales acumulados en la agricultura van encontrando el modo de financiar actividades no agrícolas.

Esta dinámica configura un modelo de industrialización total-

mente clásico. La modernización de la agricultura genera beneficios y desempleo latente; las dificultades para invertir los ahorros fuera de la Región (por limitaciones del sistema financiero y/o apego a las inversiones reales) y la ausencia de perspectivas en la emigración imponen, en cierta medida, encauzar esos recursos hacia la industria y los servicios locales. En otras palabras, la modernización agrícola y la movilidad imperfecta de los recursos liberados por ella determinan cierta superabundancia local de éstos, lo que abarata su precio, en términos bien del coste de oportunidad reclamado por el empleo del capital, bien de los salarios demandados por la mano de obra.

Ahora bien, la industrialización inducida por la modernización agrícola adolece de limitaciones que se desprenden del propio modelo. Se trata, básicamente, de lo que cabría denominar una *industrialización residual*. En efecto, las cuentas financieras de la Región muestran que en ésta el ahorro agregado todavía supera a la formación bruta de capital; lo que la convierte en una región exportadora neta de capitales al exterior, rasgo bien paradójico en una región que está en pleno proceso de desarrollo económico y creciendo más que las que la rodean. Hay una explicación. El sistema financiero —bancos y cajas de ahorros— tiende a invertir fuera de la Región los recursos depositados por los ahorradores dentro; salvo contadas excepciones, tan sólo los ahorros no confiados al sistema financiero terminan aportando recursos propios a las empresas domiciliadas en la Región. Esto es, a la vez, causa y efecto del predominio de la pequeña dimensión en la estructura em-

presarial. El sistema financiero provee de recursos ajenos a la empresa castellano-manchega; pero lo hace a un coste que para el empresario supera en mucho el coste de oportunidad de los recursos propios, como consecuencia de una afición al riesgo que todavía es relativamente alta. Esto, que es positivo para iniciar la industrialización, presenta cierta contrapartida negativa a la hora de sostener el proceso, ya que tiende a establecer un «círculo vicioso» de minifundismo empresarial.

En segundo lugar, en Castilla-La Mancha los salarios han estado creciendo en los últimos años a un ritmo superior al del resto de España; esto reduce a marchas forzadas la ventaja salarial de la Región, que es una de las claves de su progreso reciente. Los empresarios han respondido utilizando profusamente las posibilidades de contratación que les ofrece la legislación vigente. Como consecuencia de ello, el porcentaje de contratos temporales y otras modalidades de empleo más o menos precario es bastante superior al del conjunto nacional; en algunos sectores, como el calzado y el textil, de gran importancia para algunas localidades, el trabajo a domicilio es general en ciertas fases de la producción. Sea por la inseguridad que este tipo de situaciones impone al trabajador, sea por un sentido de responsabilidad que no cabe de antemano negar a los sindicatos, lo cierto es que las subidas salariales en la Región han ido acompañadas de un incremento aún más elevado de la productividad media; con lo cual, al menos aparentemente, los costes laborales unitarios han caído en comparación con los del resto de la economía nacional. Es un logro muy notable, que

muestra, una vez más, la iniciativa y capacidad de adaptación de las fuerzas económicas de Castilla-La Mancha. Pero es evidente que se trata de un logro cuyo mantenimiento depende del derroche de grandes dosis de buena voluntad por todas las partes.

Tercero, un crecimiento inducido por la modernización agrícola fuerza la especialización en sectores industriales de tecnología estándar y con empleo intensivo de mano de obra de escasa cualificación profesional. Es, hasta cierto punto, inevitable, ya que las tecnologías más avanzadas suelen requerir costosos equipos y gastos relativamente elevados en investigación y desarrollo técnico, tan sólo accesibles a grandes organizaciones empresariales. Las empresas familiares, de reciente constitución y reducidas dimensiones, realmente no tienen mucho donde elegir. Por otra parte, si aspiran a pagar salarios relativamente bajos, tampoco pueden esperar que la mano de obra dispuesta a cobrarlos cuente con especialistas muy preparados. La elaboración de productos de concepción cuanto más simple mejor, por medio de tecnologías poco sofisticadas y de libre acceso, que no requieran equipos complicados y que empleen mano de obra barata porque carece de cualificación, y, en fin, mercados de los que resulte fácil salir porque no requieren grandes inmovilizaciones financieras; eso es exactamente lo que este tipo de empresarios necesita.

Sectores así están expuestos a una rabiosa competencia; de ahí la caracterización que generalmente se hace de ellos como «de demanda débil». No sólo están expuestos a la competencia de otras regiones españolas de bajos salarios, sino también a la

de otros países de la Unión Europea comparables, e incluso a la de países de industrialización reciente. Una empresa que concurre a mercados semejantes tiene pocas oportunidades de diferenciar su producto, de ofrecer algo más de calidad a cambio de un precio superior, o de hacerse, de un modo u otro, con un «nicho». En otras palabras, la empresa castellano-manchega integrada en uno de tales sectores no podrá jamás ocupar una posición de «firma representativa», sino que se verá relegada a la de «empresa marginal», siempre al borde de ser súbitamente arrojada del mercado. Así pues, la de Castilla-La Mancha es (y no puede por menos de ser, en su modelo actual, más que) una industrialización precaria.

Esta circunstancia se ha manifestado de forma dramática con ocasión de la actual recesión económica, y los resultados de 1993 son un claro exponente de ello.

Parece evidente que la industria (y los servicios con métodos de producción más asimilables a los industriales) no podrá consolidarse en la Región en tanto la empresa castellano-manchega no acceda a tecnologías algo más sofisticadas, que permitan arriesgar cierta diversificación del producto para concurrir a mercados donde el precio no sea la única característica relevante; donde, en suma, la calidad tenga un premio y a la vez un coste (salarios más elevados para una mano de obra relativamente cualificada). Según numerosos observadores, la llave de este proceso de modernización industrial estaría en el establecimiento de un sector de servicios a las empresas. Lógicamente, éste de los servicios a las empresas es, a su vez, un sector de tecnología relativamente avanzada; relati-

vamente más avanzada, cuando menos, que las tecnologías intermedias que se trata de implantar; y, lo que se desprende de lo anterior, se trata de un sector de concurrencia en mercado abierto; en este sentido, acaso uno de los sectores más abiertos que existen.

El Pacto Industrial de Castilla-La Mancha —que recibió numerosos elogios de la prensa nacional en el momento de su firma, septiembre de 1992— es una respuesta inteligente al principal problema que, en el largo plazo, presenta el desarrollo económico de la Región: la insuficiencia, por no decir inexistencia casi absoluta, de una oferta privada de servicios avanzados para las empresas de ámbito regional. Pero las dificultades a que se enfrenta son considerables.

Parece sensato suponer, con la moderna geografía económica, que la aparición de la oferta de cierta clase de servicios en una localidad requiere un umbral mínimo de población. Pero también depende de la distancia que haya hasta la localidad más cercana donde se pueda acceder a esa oferta. Si es así, el umbral requerido por la oferta de servicios a las empresas dependerá de la sofisticación de esos servicios, como es lógico; pero tenderá a ser alto.

Las ciudades de la Región han registrado —y todavía registran— un crecimiento bastante importante, que ha posibilitado la aparición en ellas de la oferta de muy variados servicios, personales y a las empresas. Sin embargo, para muchos otros servicios, todavía sigue siendo preferible acudir a la oferta de Madrid (y, en menor medida, de Valencia, en el caso de Albacete).

En los servicios a las empresas, se aprecia la reciente aparición

de una oferta incipiente en Albacete; en las otras ciudades de la Región, dicha oferta es casi inexistente. La razón es doble. Por una parte, Albacete se ha convertido en un centro industrial de moderada importancia; por otra, el desplazamiento de expertos a esa ciudad desde Madrid o Valencia continúa siendo relativamente costoso, sobre todo en tiempo (aunque este coste ha disminuido bastante en los últimos tiempos). En cambio, Toledo, Guadalajara, Ciudad Real, e incluso Puertollano, aun registrando en algún caso concentraciones industriales más importantes que Albacete, están todas, sin embargo, a muy corta distancia de Madrid. Así, Guadalajara está a media hora por la autovía de Barcelona; Toledo, a cuarenta y cinco minutos, también por autovía; Ciudad Real y Puertollano están a cincuenta y cinco minutos, y una hora y cuarto, respectivamente, en tren de alta velocidad. En estas condiciones, continúa siendo más económico bien que los residentes en esas ciudades se desplacen a la capital, bien que las empresas que prestan los servicios desplacen personal —en viajes de ida y vuelta en el día— desde Madrid al domicilio de sus clientes.

Esta circunstancia no sólo bloquea el crecimiento de la oferta de servicios avanzados en las ciudades próximas a Madrid, sino también en Albacete, por cuanto que una oferta rentable de tal clase de servicios requiere una demanda potencial localizada en el entorno circundante, que en el caso de Albacete debería abarcar al conjunto de la industria de la Región. Ahora bien, para desplazarse de Albacete a Ciudad Real, y viceversa, se requiere no menos de dos horas y cuarto en automóvil por carreteras buenas,

pero de doble sentido; el trayecto a Toledo no puede hacerse en menos de tres horas; para ir a Guadalajara, es mejor pasar por Madrid. La oferta de servicios avanzados de Albacete no puede, razonablemente, competir por el mercado regional con la madrileña. Pero es que el problema se reproduciría aunque se quisiera sustituir Albacete por Toledo o Ciudad Real, ya que no hay ninguna ventaja económica en perder más de una hora por carreteras peligrosas para desplazarse entre estas dos últimas ciudades, cuando hace falta menos de ese tiempo para trasladarse desde cualquiera de ellas a Madrid.

Por consiguiente, hay una doble excentricidad en la estructura territorial de Castilla-La Mancha. Por una parte, el centro económico natural de la industrialización de la Región (Madrid) ha quedado, después de la reorganización del Estado de las autonomías, fuera de ella; por otro, el principal centro potencial de relevo (Albacete), que debería ocupar el papel del que ha quedado fuera, está localizado demasiado lejos de los restantes núcleos de industrialización. Esta es, sin duda, una hipoteca histórica que la Región ha contraído por la relativa artificiosidad con que se reunieron las provincias que la integran. Así las cosas, los distintos núcleos industriales de la Región parecen condenados a permanecer dislocados entre sí, en permanente estado de fragmentación; sin llegar a constituir, en un horizonte previsible, una unidad orgánica, esa clase de «tejido industrial» vivo que se necesita para generar un progreso tecnológico, si bien que modesto, al menos relativamente autosostenido.

Si la industria regional permanece en perpetuo estado de frag-

mentación, el crecimiento industrial tendrá que venir impulsado desde afuera, por descentralización productiva desde otros centros económicos, sobre todo, desde Madrid —como ocurre en Guadalajara y Toledo—, aunque, en teoría, podría ser desde cualquier otro sitio. El fracaso del crecimiento industrial —logrado por una u otra vía— llevaría, por su parte, a un aumento de las fuerzas centrífugas en la Región.

Peor aún. Está de sobra demostrada la amenaza que pesa sobre el equilibrio ecológico de la Región y de todo el Levante español. Al ritmo actual de utilización del agua subterránea con fines de regadío, la riqueza del subsuelo de La Mancha tiende a agotarse en el plazo de pocas generaciones. La agricultura ha dado un fuerte impulso al desarrollo, pero otros sectores deben tomar ahora el relevo. Si el bienestar de la Región continúa gravitando sobre los cultivos de regadío, ese bienestar durará poco. La desecación de los acuíferos manchegos impondrá cierta desertización, y ésta, la vuelta —más o menos demorada, pero irreversible— a los cultivos de secano. A largo plazo, el resultado de este proceso no podría por menos de ser una recaída en la cultura rural más tradicional de la España interior, que amplias zonas de la Región no han abandonado todavía por completo.